Patrimonio Cultural y Reutilización

Carmen Guerra de Hoyos
Arquitecta

Quizás uno de los factores que más determinan la actuación sobre patrimonio cultural sea la actitud que mantenemos hacia el pasado y sus restos. El vertiginoso proceso de desarrollo de este siglo ha dejado obsoletos modos de vida y costumbres que se habían mantenido durante siglos, pero, sobre todo la defensa de la modernidad hacía que cualquier acercamiento hacia el pasado, cualquier intento de recuperación pareciese retrógrado. El pasado era un obstáculo a superar.

Nuestra actitud actual no es más que una reacción ante la destrucción sistemática de testimonios etnológicos y arquitectónicos, a los que se negaba valor alguno. Ahora, enfrentados ante la rápida desaparición de gran parte de nuestro patrimonio cultural nos parapetamos tras una actitud conservadora a ultranza: el factor tiempo pasa a ser algo primordial, independientemente del valor intrínseco del objeto o edificio. El patrimonio se ha convertido en algo a mantener obligatoriamente incluso forzando su readaptación.

Pese a ello no nos sentimos más cercanos que antes al pasado, el nuestro es un mundo completamente diferente del que alumbró esos restos. El respeto con el que le tratamos ahora le confiere un carácter de inviolabilidad y de lejanía que hace aún más profundo el abismo que nos separaba de lo inmediatamente anterior: nos acercamos a palacios e iglesias adaptados a otros usos que nos hablan de cómo han sido otras épocas y que reflejan un vívido contraste con nuestro presente.

Pero ¿somos realmente nosotros tan diferentes de otras épocas en los que se refiere a actuación sobre patrimonio? Hace cuarenta o cincuenta años subsistía aún la consciencia de ser herederos de los vestigios del pasado y que, como nuestros, eran susceptibles de modificación o abandono. Cuando algo dejaba de ser útil se readaptaba, se reconvertían y cuando eso ya no era posible se recogían sus restos y con ellos se edificaba algo nuevo. Esta cultura de la apropiación, en la que algo, si quiere sobrevivir ha de tener algo que ofrecer y ceder algo de su integridad para poder mantenerse en pie. El valor cultural está ahí mientras el

patrimonio genera un uso fértil, una ocupación rica, no se convierte en un *monumento* del pasado sino que sigue vivo dentro de nuestro presente.

Esta ocupación dilatada en el tiempo hace que la mayoría del patrimonio que nos queda sea reflejo de muchas actuaciones a lo largo de su historia particular; diferentes situaciones superpuestas en el mismo soporte. Conservar una de ellas obliga al compromiso de una elección que, por muy científica y objetivamente que se haga, conlleva la destrucción de otros estratos testimoniales. La riqueza del patrimonio cultural entraña una multiplicidad de lecturas e interpretaciones. Las actuaciones sobre patrimonio podrían entenderse como otro paso en su historia particular; de manera que se inserte en su evolución como otra etapa de nuestro presente. Quizás, absortos en la tarea de conservar el patrimonio, perdimos algo que resulta más importante que los mismos restos: cómo vivir en diálogo con él, dejando que nos enriquezca sin impedir que formulemos nuevas propuestas que respondan a nuestro modo de vida, permitiendo cruces, mediaciones y contaminaciones entre pasado y presente.

Un ejemplo de la riqueza que puede producir esta actitud hacia el patrimonio cultural es el de San Miguel de la Breña. Se trata de un asentamiento original de posible santuario, del que se mantienen la iglesia y el pozo santo, transformado tras la desamortización en explotación agraria y molino de aceite. El análisis de este conjunto, donde se mezclan restos arqueológicos, etnológicos y arquitectónicos de diferentes épocas revela espacios que no habrían surgido sin la ocupación sucesiva de un mismo soporte edificatorio.

Creemos que el asentamiento religioso original estaba enmarcado por el cerramiento actual en su mayor parte, puesto que grandes zonas del mismo son originales, incluyendo la situación de la entrada principal. La edificación debían estar adosada a estos muros, en una anchura de una a dos crujías de unos cinco metros cada una. Los otros elementos del santuario que permanecen son la iglesia, el pozo santo y la fuente de San Miguel.

La primera operación que sufre el conjunto en su adaptación a explotación agraria es la transformación de la iglesia en vivienda del propietario y molino de aceite, manteniendo el uso religioso en una capilla lateral con cripta. Se respeta además el pozo santo. Las naves perimetrales cobijan una pluralidad de usos como almacenes, viviendas de trabajadores, cuadras, etc, ampliándolas o sustituyéndolas cuando resulta necesario utilizando la tecnología constructiva de cada momento pero respetando las dimensiones de la crujía anterior; y edificando nuevas construcciones como la vivienda del encargado. Esta última responde a una tipología muy común en la zona con una edificación en dos crujías, una que alberga salas y dormitorios, y otra, en la que se sitúa la sala de la chimenea y cocina. Se completa el programa con un soberao sobre estas crujías. El resto de las viviendas de los trabajadores se disponen en las naves perimetrales, manteniéndose aún en buenas condiciones la tribuna y una

serie de cuartos ocupados posteriormente como pajares o almacenes cuando se ha reducido el número de personas que residían en el cortijo. El resto de la edificación exceptuando la iglesia se dedica a establos, almacenes o trasteros.

Pero el gesto más significativo de la actuación consiste en la elección de la nave de la iglesia como lugar para implantar el *señorío*, la vivienda de los propietarios, para lo que se divide la altura de la nave en dos plantas, la planta alta, o *planta noble* se habilita como vivienda y la planta baja alberga el molino de aceite, sus dependencias y la capilla conformada con los restos de la iglesia tras la ocupación por tropas francesas, en la que se mantiene el culto, tanto como capilla del cortijo como con sus funciones de santuario, mientras se mantuvo habitada la iglesia.

La entrada a la vivienda del propietario se efectúa aprovechando la puerta del crucero de la iglesia, modificando la portada mediante el añadido de un balcón y encalando su ámbito inmediato en un acercamiento a la arquitectura doméstica. A la puerta de entrada se enfrenta la escalera, que se yuxtapone a la segunda portada del crucero sin modificar sus huecos salvo para cegarlos. Este zaguán divide la planta baja en dos zonas asimétricas, en una de ellas se instala el molino de aceite y en la otra los almacenes y la capilla. Esta dispone de una salida directa al exterior que permite segregar el uso religioso del molino.

La apertura de huecos para la vivienda, así como la distribución de habitaciones se realiza manteniendo la serialidad impuesta por los elementos estructurales de la iglesia y su simetría, aprovechando algunos de los ventanales originales, cegándolos parcialmente o ampliándolos a balcón dependiendo del uso particular de estar, dormitorio o baño. Existe diferencia en el tratamiento de las fachadas laterales de la iglesia estando la que da al interior del conjunto más modificada que la del exterior. Las habitaciones además tienen un orden de distribución, el núcleo central del estar se sitúa en el crucero y a continuación se disponen las habitaciones principales, estando las estancias más alejadas del núcleo central menos terminadas indicando que soportaban un uso mucho menor.

La división horizontal que posibilita la ocupación en dos plantas y la implantación de la escalera hacen que, en planta baja sea difícil reconocer la existencia de un espacio anterior; sólo la dimensión de los muros, apreciable en los huecos y pilastras sugiere un espacio de mayor entidad. Es en la vivienda, por su distribución simétrica y su mayor cercanía a elementos como arcos y bóvedas, donde este espacio se hace presente, aportando una configuración bastante peculiar; mixta entre espacio privado y espacio religioso. En la cabecera de la iglesia, la existencia de una cúpula semiesférica de grandes dimensiones era incompatible con unas habitaciones de escala doméstica, por lo que se realiza una nueva partición horizontal, distribuyendo el espacio resultante en varias estancias, cuyas esquinas son grandes pechinas que apuntan a algo situado más

San Miguel de La Breña. Alanis. Sección longitudinal de la iglesia

San Miguel de La Breña. Alanis. Planta alta

San Miguel de La Breña. Alanis. Planta baja

NOTA: Los planos que acompañan al artículo proceden de un trabajo realizado para la empresa Ecodesarrollo de Sierra Morena, como parte de un trabajo de Inventario de Patrimonio Arquitectónico disperso en la Sierra Norte de Sevilla. Realizado por el equipo mixto de antropólogos y arquitectos formado por Elodia Hernández León, Alberto Bernabé Salgueiro, Teresa Morillo Romero y Carmen Guerra de Hoyos y dirigidos por Juan Agudo Torrico.

allá. Molduras pensadas para ser vistas desde lejos quedan ahora al alcance de la mano, esta posibilidad de acceder a elementos tradicionalmente distantes es nueva y algo inquietante, especialmente cuando se yuxtaponen a elementos de una escala considerablemente menor, como supone encontrar uno de los arranques del crucero al abrir una leñera, el techo de una alacena formado por un trozo de arco moldurado o el palomar situado en el espacio residual de la cúpula y el lucernario.

Uno de los gestos más efectivos para hacer doméstico el monumento ha sido quizás la sustitución de la cubierta original de la iglesia de teja, debido a su mal estado, por una azotea transitable. Con ello se consigue no sólo un registro visual privilegiado del

territorio circundante, sino que además se alcanza lo más lejano, la espadaña y la campana.

Todo este proceso no se realiza con un respeto integral hacia el soporte, se mantiene todo lo que acepta las nuevas funciones, pero además hay intervenciones algo violentas cuando resulta necesario, como por ejemplo la instalación de chimeneas que atraviesan la nave de la iglesia y la cúpula. El molino de aceite atiende a su lógica propia que se superpone a la nave de la iglesia horadando sus muros y su suelo donde lo necesita.

¿Quién podría decidir cual es el momento histórico concreto al que pertenece esta implantación? No son sólo valiosos los momentos de implantación, también se aprende mucho de como una cultural local valora en un momento dado un testimonio del pasado, qué es lo que aprovecha y qué desdén. En el caso que hemos descrito la readaptación del conjunto ofrece la posibilidad de estudiar una implantación de molino y vivienda de propietario muy completas y además pone de manifiesto aquellos de sus elementos lo suficientemente importantes como para imponerse al soporte anterior, y que es lo que se valoraba en ese momento del patrimonio heredado lo suficiente como para conservarlo aún a costa de incomodar la instalación posterior. No sólo nos habla de las costumbres y modos de vida de un momento concreto, sino de la relación entre los modos de vida y los usos de diferentes épocas y explicita lo que a veces no es fácilmente deducible en una tipología el grado de importancia que pueden tener ciertos elementos y su posibilidad de adaptación.

La lectura de los diferentes momentos históricos nos acerca, además, sentimentalmente hacia ese edificio. Es difícil no sentirse afectado al ver un rebaño de ovejas frente a la fachada de la iglesia, o al subir a la cubierta. Es imposible no implicarse y pensar en actuar sobre él también nosotros, no estamos tan separados de nuestro pasado como para permanecer indiferentes. El mestizaje se revela como una dirección enormemente fértil.

En la actualidad San Miguel de la Breña sigue funcionando como cortijo, aunque no como molino, y los propietarios no residen en la vivienda habilitada en la iglesia ni siquiera temporalmente. Además la transformación de los modos de explotación agrarios que hace posible que los trabajadores no residan en los cortijos ha alterado considerablemente el modo como se vivía en el conjunto.

Frente a este tipo de situaciones cabe preguntarse sobre cual sería la actitud adecuada para integrarlos en nuestros modos de vida. La respuesta está sin duda en nosotros mismos, en qué necesitamos y qué podemos aprovechar para ello de ese patrimonio cultural. Para que la rehabilitación sea efectiva ha de posibilitar no sólo un uso de los restos, sino también del patrimonio natural que los rodea. Ha de, simultáneamente, dar respuesta al interrogante del presente de una comarca y potenciar los testimonios de los que se dispone, dialogando con ellos, sin destruirlos y sin congelarlos.